



30 de diciembre de 1888

**«Ven, sígueme»
Seguir al santo niño Jesús en silencio y obediencia.**

Mis queridas hijas,

Todos estos días hemos adorado a nuestro Señor en su cuna. Debemos escuchar atentamente lo que dice a nuestros corazones. Él nos habla a cada una desde el fondo de su cuna. Lo importante es no acostumbrarnos a comprender su voz.

Me gustaría que le oyeráis decir una de las primeras palabras de su vida pública, cuando buscaba hombres, apóstoles que le siguieran: ¡Ven, sígueme! Os lo dijo a cada una de vosotras. Todas estáis llamadas a seguir a nuestro Señor de una manera particular. Por eso le pertenecéis, por eso sois suyas. Él os ha llamado, os ha dicho: ¡Venid, seguidme! ¿Cómo le seguimos?

Tenemos que verle en su cuna, donde es tan pequeño, tan obediente y hoy, me siento inclinada a decíroslo, en un silencio un tanto misterioso y grande. Es el Verbo de Dios el que está allí, *infans*, sin hablar. Esta palabra está formada a partir de la negación in y del verbo hablar. No habla, se ha puesto en el estado en el que el hombre no puede hablar. Aquel que posee todos los tesoros de la sabiduría de Dios, aquel cuya inteligencia está plenamente desarrollada, aquel cuya palabra salvará al mundo, no habla... Pasará el tiempo que los otros niños pasan sin hablar.

Es una gran lección. Para nosotras, no es lo más fácil del mundo que guardemos silencio. Santiago dice: *El hombre que guarda su lengua es un hombre perfecto*. Si nunca dijerais palabras de disipación, de aburrimiento, de queja, de esas palabras imperfectas que tan fácilmente acuden a nuestros labios, ni siquiera hablo de las palabras inútiles que entorpecen el espíritu de oración, ¡a qué grado de perfección no llegaríais!

Aprended, pues, de nuestro Señor a callar, a entrar en uno mismo en el tiempo de silencio y, en el recreo, decir sólo palabras buenas, santas, inspiradas por Dios; palabras que hagan bien y no las que proceden de vuestra propia mente, de vuestro amor propio, de vuestra naturaleza mala.

Si seguís a Jesucristo en el silencio, lo seguiréis también en el recogimiento y en la oración. ¿Qué hace el Señor en su silencio, él que posee toda la sabiduría humana y divina? Habla a Dios, se ofrece a su Padre. El salmo pone en sus labios estas palabras: *No quisiste sacrificio ni oblación, por eso dije: He aquí que vengo para hacer tu voluntad. Tu ley está en mi corazón*.

Se ofrece como nuestra víctima; se ofrece para tener la ley divina en su corazón y cumplirla siempre. Decid después de él: Tu ley, oh Dios, está en mi corazón; he aquí que vengo para hacer tu voluntad.

¿Quién de vosotras conoce lo que Dios le tiene reservado? Quizá grandes sacrificios, quizá grandes sufrimientos en la enfermedad. Debemos estar siempre en este estado de «he aquí que vengo» y decírnos a nosotras mismas: «He venido, me he ofrecido, me he entregado, Señor, y sea cual sea tu voluntad, tu ley está en mi corazón y tu voluntad es la dueña soberana de la mía».